

Segunda mención

Los caminos de la emigración: Macotera, Salamanca

Eutimio Cuesta Hernández

*Quien quiera quitarse
de trabajos y ser rico,
que venga conmigo
a ganar y poblar.*

Poema de *Mio Cid*

“De acuerdo con la doctrina social católica, la emigración e inmigración es un derecho natural, innato a la persona humana, como consecuencia de la libertad de movimiento y derecho al trabajo”.¹

Pueblo español, pueblo de emigrantes desde la misma cuna de la Reconquista. Los pueblos montañoses de Asturias, Burgos, Cantabria y País Vasco no se acobardaron a la hora de abandonar su tierra para bajar a repoblar los terruños yermos de Castilla.

MACOTERANOS EN LAS INDIAS

Una vez se descubre América en 1492, a la población hambrienta se le ofrece trabajo y la posibilidad de ser rico allende del mar. No era tan fácil hacer la travesía, había que contar con un permiso especial que, únicamente, podía expedir el propio rey. Para poder conseguir esta licencia, se exigían muchos requisitos, aunque la picaresca hizo de las suyas.

¹ A lo largo del trabajo el autor introduce lo que parecen citas bibliográficas cuyas obras no cita. En la edición, en estos casos, se respeta la cursiva y entrecorillado del original. Igualmente se respetan, entre comillas, los mote de las personas citadas en el texto, correspondientes en su mayoría a sobrenombres familiares que los macoteranos usan aún hoy con orgullo. (N.E.).

El informe del alcalde y regidores del lugar de procedencia del aspirante era imprescindible. A la solicitud, había que acompañar una hoja de buena conducta, avalada por la declaración de varios testigos. Éstos, previamente, tenían que responder a un interrogatorio que contemplaba varios aspectos: si conocían al solicitante y a sus ascendientes maternos y paternos, tanto de vista como de trato; si se trataba de un cristiano viejo con “limpieza de sangre”, es decir, que no descendía de moro ni de judío; si había nacido de legítimo matrimonio, y de su origen hidalgo, en el caso de que se diese esa circunstancia; cuáles eran sus rasgos físicos más destacados, así como su edad y estado; y confirmación de la declaración de los testigos por parte de las justicias del lugar donde se hubiera realizado. Pero los trámites administrativos no finalizaban con el informe de la autoridad local ni con la declaración de los testigos, pues, una vez, en Sevilla, el pasajero debía comparecer ante el presidente y jueces de la Casa de Contratación, para que estos comprobasen la veracidad de los datos. Cotejados estos, aquellos le autorizaban el embarque haciendo constar en él la edad y señas de la persona, así como el lugar de destino y el nombre del maestro del navío en el que haría el viaje. Si faltaba algún requisito y, para que no se demorase demasiado la partida, los oficiales de la Casa de Contratación exigían al viajero una fianza durante el tiempo en el que el interesado o su familia podía reunir la documentación demandada. En el currículum de cada viajero destacan sus rasgos físicos: alto de cuerpo, bajo de estatura, carirredondo, nariz aguileña, blanca de rostro, una señal de herida, mellado de los dientes, y referencias morales o alusiones a otros familiares que se habían trasladado a las Indias con anterioridad.

En *La emigración castellana y leonesa al Nuevo Mundo (1517-1700)*², se dice que de Macotera emigraron dos personas: “Sebastián Martínez, hijo de Esteban Martín y de María García, vecinos de Macotera” quien partió a las Indias el 23 de marzo de 1526, pero no apunta el nombre de la otra persona.

SOLDADOS MACOTERANOS EN LAS GUERRAS EUROPEAS

“También marchó un número de vecinos de Macotera y de la tierra de Alba, enrolados en las tropas que, en el siglo XVI, partieron hacia Europa y hacia África bajo el mando del Duque de Alba; sin embargo, algunos de estos militares no regresaron, porque la muerte los sorprendió lejos de su tierra, a veces, en campos de batalla situados en dominios extranjeros, como relatan la mayoría de nuestras historias locales. La emigración se planteaba por un plazo de tiempo e incluso con intención definitiva cuando la causa de la partida era económica”.

² De M^a del Carmen Martínez Martínez, p. 213. (N.A.).

En 1491-92, las tropas de don Fadrique, el nuevo duque de Alba desde 1488, participan activamente en las campañas finales de la guerra de Granada. Anteriormente, en julio de 1475, el duque, don García, sirve a los reyes con 800 lanzas, 400 hombres de armas y 400 jinetes, una de las aportaciones más importantes de la nobleza castellana. Estas tropas estaban integradas por gentes vasallas procedentes de Alba y su tierra y otros mecenazgos propiedad del duque. Sin duda, había muchos macoteranos incluidos en este cuerpo de ejército, que obtuvo resonantes éxitos en las distintas guerras, y que le proporcionaron al noble (al duque) grandes prebendas y privilegios, que recayeron, luego, en provecho de la tierra. Posiblemente, la construcción de la iglesia de Macotera fuese un reconocimiento del duque a los servicios prestados por nuestros soldados.

EMIGRANTES MACOTERANOS EN ESTADOS UNIDOS

Como habéis podido comprobar, el macoterano, desde que el mundo es mundo, es amigo de la alforja y de la manta. Un trotamundos o correcaminos. Es el rasgo que nos definió siempre y por el que nos conocen en todos los rincones del orbe.

Los primeros años del siglo XX son testigos de numerosas expediciones de emigrantes macoteranos. *La voz de Peñaranda*, semanario comarcal, el día 14 de febrero de 1919, lo cuenta así:

“En las primeras horas del día pasaron por nuestra población de Peñaranda 150 ó 160 hombres, la mayoría jóvenes, y todos vecinos de la inmediata villa de Macotera, que, a pie, se dirigían a la inmediata villa de Cantalapedra con objeto de salir en el tren con dirección al Norte de España, y después, según se dice, internarse en Francia.

Dos o tres días antes, habían pasado por Peñaranda, también para Cantalapedra y también con el mismo objeto, cincuenta y tantos hombres jóvenes del mismo pueblo de Macotera.

De este pueblo y de otros muchos, Santiago, Alaraz, son muchísimos los vecinos que emigran a lejanas tierras seducidos, engañados mejor dicho, ¡infelices!, por el señuelo de un jornal muy crecido.

El hecho de adquirir billete y efectuar el viaje desde Cantalapedra, y no desde Peñaranda, como parece natural, y realizando el viaje a pie hasta dicha villa, se explican algunos por el deseo de acortar la distancia y hacer menos costoso el viaje.

Es dolorosa la marcha de estos coterráneos nuestros, brazos productores que abandonan sus familias, sus seres queridos, por el deseo de encontrar un mejor bienestar, que muchos no han de encontrar. La clase agrícola debe percatarse del problema que se echa encima con la falta de brazos”.

La nota que divulga *La Voz de Peñaranda* es muy ilustrativa para nuestro propósito. Tenemos noticia familiar que, primeramente, en ese año 1919, salió

una expedición hacia Francia, y regresó andando pidiendo por los pueblos hasta llegar a casa y que, al poco tiempo, muchos obreros, e incluso familias enteras, toman la decisión de emigrar a los Estados Unidos. En California viven cientos de descendientes de macoteranos, y, si vamos a Cuba, Venezuela, Buenos Aires, Santo Domingo o a cualquier parte, sucede otro tanto de lo mismo.

Por lo visto, nadie pone en duda de que España ha sido uno de los pueblos más emigrantes del mundo; nuestros hombres ya, en los siglos XV Y XVI, acompañaron a Colón y a otros conquistadores en su ambicioso proyecto de descubrimiento y conquista del nuevo continente, y a la estela de estos soldados, siguieron después los colonizadores y gente de a pie, que llevaban, como misión, sembrar allá nuestra lengua, religión, costumbres y tradiciones, a la vez, lograr solucionar su situación laboral y económica. Y, a finales del siglo XIX, cuando la situación económica de nuestros pueblos volvía a ser insostenible, aparece, de nuevo, el símbolo de América como tierra de promisión, no sólo de España, sino también de Europa; y así es como, desde los distintos puertos europeos, salen los grandes contingentes de personas, huyendo de la hambruna y de la miseria, que mordían sus carnes, en busca del amparo de la tierra del oro. Y allí quedaron generaciones y generaciones de españoles, en un mestizaje, que nos hermana con los pueblos americanos. Y esta situación de precariedad surge de nuevo en los años sesenta, y nuestros pueblos vuelven la mirada, en este caso, a Europa, países, que culminan su desarrollo industrial y demandan mano de obra, como también sucedió en comunidades desarrolladas españolas como Madrid, Vizcaya y Cataluña. Y estos procesos de emigración, con otros incentivos, han contribuido a que España sea, hoy, un pueblo de acogida de emigrantes, que, por una parte, están incidiendo en el desarrollo de nuestra economía, como en el bienestar de los propios emigrantes que nos visitan. Como veis la historia se repite, pero a la inversa.

Aparte de esta pequeña reflexión, el motivo, que nos anima a escribir estas líneas, nos invita a informar sobre como transcurrió la emigración de nuestra gente macoterana a América y, sobre todo, a los Estados Unidos. El pretexto de la salida de la gente de su lugar de origen ha sido siempre el mismo, salvo excepciones: el solucionar el futuro económico y laboral tanto personal, como familiar. La emigración de nuestra gente a América se inicia en las primeras décadas del siglo XX, muy especialmente entre 1900 y 1920, Y se orientan, principalmente, a Haway, al Río de la Plata (Argentina y Uruguay), Brasil y Cuba, seguidas, en un segundo término, a México y Puerto Rico; en cambio, los Estados Unidos no fueron receptores, en un primer período, de un número importante de españoles. Se calcula que el número de compatriotas, que salió de nuestros puertos hacia el nuevo continente, se cifra, en alrededor de tres millones, aunque estimaciones posteriores sitúan esta cifra en poco más de 4.7

millones. Fijar el número de macoteranos, que partieron para América, es tarea difícil, debido a que las estadísticas, únicamente, nos hablan de cifras globales; igualmente, es harto complicado establecer el número exacto de compatriotas, que emigraron, ya que se hallan fuera de recuento aquellos españoles que llegaron a América desde otros países, por ejemplo, Francia, Portugal o Cuba, Cuba constituía un paso intermedio entre España y los Estados Unidos.

La travesía se hacía en condiciones deplorables; se viajaba, en tercera clase, y se ubicaba a los pasajeros en las bodegas, debajo de la línea de flotación, en grandes dormitorios sin ventanas, sin apenas ventilación y luz, donde dos mil personas se hacinaban sobre literas superpuestas. El viaje costaba diez dólares en 1880, y aumentó a treinta y cinco dólares después de la guerra de 1914. La comida consistía en papas y arenques. Las embarcaciones se dirigían hacia un pequeño islote, llamado “Ellis Island”, donde los servicios de la Oficina Federal de Inmigración habían instalado los centros de recepción, justamente, en la desembocadura del río Hudson. Este centro de recepción fue inaugurado en 1892, y desde 1892 a 1920 pasaron por allí más de 25 millones de personas, a razón de cinco a diez mil por día; sólo un dos o un tres por ciento de los pasajeros eran rechazados; en este supuesto, la propia compañía de navegación se hacía cargo de los gastos del viaje de retorno. Llegados a Ellis Island, se abría una ficha a cada emigrante, en la que se recogían sus datos personales, se les sometía a un reconocimiento médico, se les vacunaba y se les destinaba a un lugar, en el que se les asignaba un tutor, domicilio y el lugar de trabajo, que ya venía prefijado en el contrato de salida de España. Como modelo os presentamos las de:

- Pedro Cuesta Martín llega a Ellis Island el 18 de marzo de 1920, a los 19 años, soltero. Llega en el barco “Isla de Paranay”, procedente del puerto de Cádiz. Tiene como dirección de destino la casa de Desiderio Cosmes en Youngstown (Ohio); va por tres años; sabe leer y escribir; color de pelo, negro y ojos grises. Lleva 45 dólares, y su padre se llama Cristóbal.
- Lucio Izquierdo llega a New York el 15 de mayo de 1920 a los 25 años de edad, soltero. El nombre del barco es “Buenos Aires” y procede del puerto de Cádiz. Tiene como dirección de destino la casa de Pascual García (procede de Santiago de la Puebla) en el 28 N. Wal St. Youngstown (Ohio); sabe leer y escribir, va por 3 años y lleva consigo 30 dólares; pelo negro, y ojos grises y el nombre del padre es Pedro Izquierdo.
- Cristóbal Jiménez llega a New York el 12 de Abril de 1913 a la edad de 16 años. El barco, en el que llega, se llama “Buenos Aires” y procede de Cádiz. Tiene como dirección de destino la casa de su hermano Patricio Jiménez en California. Su padre se llama Juan Jiménez.

Calculamos, por los datos que tenemos, que, entre 1914 y 1920, emigraron a los Estados Unidos más de cien macoteranos. En 1914 y 1920 fueron los años en que emigró la mayoría de ellos. En 1914, salieron las familias de Francisco Rubio, Vicente Salinero Zaballos y Víctor García, partieron del puerto de Cádiz, en el “Montevideo”, y llegaron el 12 de abril de 1914, con destino San Leandro (California); en el mismo año, (13 de mayo), la familia de Juan Blázquez, en el “Manuel Calvo”, con destino a Mountain (California); posiblemente, la familia de Patricio Jiménez, “Barriles”, debió marchar hacia 1912; los Bueno embarcaron en Barcelona, en el “Antonio López”, arribaron en 12/2/1916, con destino San Francisco; pero el contingente mayor eligió 1920. Casi todos embarcaron en el puerto de Cádiz, en distintos barcos, con destino unos a California, y buena parte de ellos a Youngstown (Ohio). Los Jiménez son excepción, partieron de Lisboa, en “El Asia”, 8/10/1920 con destino San Leandro; los Blázquez y la familia de Custodio Sánchez desde el puerto de Southampton (Inglaterra) en “El Filadelfia”, 5/7/1920, con destino San Francisco y Youngstown (Ohio), el último.

No hemos localizado en el registro del Archivo de “Ellis Island”, a macoteranos, que, posiblemente, entraron desde otro país. Es el caso de Lucio Izquierdo y su mujer Josefa Quintero Labajos, “Pachorra” (hermana de mi abuela Juana); Antonio y José Jiménez Cuesta, “Calores”; Francisco Martín, “Pechito”; Jerónimo Zaballos “Carretero”; la familia de Patricio Jiménez Blázquez; Francisco y Resti Zaballos “Potanche” y Sebastián Walias.

Recordamos que muchos españoles trabajaron en La Habana en la industria tabaquera y, en el último cuarto del siglo XIX, los Estados Unidos empezaron a grabar con aranceles los cigarros puros y los cigarrillos cubanos. Es, en este momento, cuando muchos fabricantes afincados en Cuba se trasladan a Florida para librarse del pago de los aranceles. El traslado de la actividad tabaquera supuso, a su vez, el traslado de buena parte de los trabajadores especializados del sector desde Cuba hacia Florida. Estos trabajadores eran en su mayoría nacidos en España o bien cubanos de origen español.

Los macoteranos, que fueron destinados a California, se emplearon en la recolección de frutas en el Condado de Alameda, en la mina de plata del Condado de San Benito y en los viñedos de Fresno. Como pueblo trabajador y ahorrador, que somos, fueron haciendo su capitalito, que les ayudó muchísimo a superar la gran crisis económica, que se desató en Estados Unidos en los años veinte del siglo; era tan saneada su economía, que apostaron por construir, en plena crisis, el “Club Ibérico”, que inauguraron el 4 de agosto de 1926, en cuya junta directiva tuvo gran protagonismo la colonia macoterana.

Superada la crisis, cada uno fue montando su negocio: Antonio y Pepe “Calores” pusieron en marcha granjas de gallinas, de venta al por mayor; los

“Tobalos” se dedicaron a la chacinería: venta de chorizos, lomos y jamones; los “Potanches” (Resti y Francisco Zaballos) se iniciaron en la construcción.

Los que fueron a Youngstown tuvieron peor suerte, pues la crisis industrial los dejó sin trabajo y algunos tuvieron que regresar a España, como le ocurrió a mi padre, a Lucio Izquierdo y a algunos más. Mi madre trajo de recuerdo, de su estancia en Ohio, una mandolina, que todavía se conserva en buen estado.

NOS LLEGA DE SUNNYVALE (CALIFORNIA) LA SIGUIENTE CARTA

“Mi nombre es Linda García Nichols, vivo en los Estados Unidos y soy nieta de Cayetano García Madrigal, un macoterano, que nació en febrero de 1892: Mi abuelo era hermano de Cándido “Jarín”, casado con María Teresa Cuesta, padres de Ramona García, casada con Dionisio el Vaquero, y de Manuel García Sánchez, un “Jarín” que vivió muchos años en Valdecarros.

Cayetano salió de Macotera con destino a las islas hawaianas en 1912, cuando terminaba de cumplir los veinte años; era un joven aventurero, que parte de su pueblo en busca de una vida más próspera y feliz. En Haway, trabajó cortando caña de azúcar y segando hierba para alimentar los caballos, en Armys’work. Este tipo de trabajo no agradaba mucho a Cayetano y, un día, decide mudarse a California, un lugar del que él había oído hablar cuando estaba en el pueblo. Al llegar a San Leandro, obtuvo dos puestos de trabajo: uno, en una fábrica de conservas; el otro, recogiendo pepinos. Le gustaba el trabajo del campo, pues es el que él había realizado en su juventud en Macotera; pasó en él seis años y, después, se empleó en la construcción de carreteras y ferrocarril en “Southern Pacific”, en Watsonville.

En 1918 nuestro abuelo se casó con Eulalia Montosa Romera, quien emigró de Argón, (Granada, España), con su familia en 1907. Nuestros abuelos ahorraron suficiente dinero para comprar diez acres de tierra en Sunnyvale, donde construyeron su casa; Cayetano siguió desempeñando distintos trabajos para poder financiar los gastos de la casa y ahorrar algunos dólares con vistas a montar un negocio que le diese mayor prosperidad.

Al cabo del tiempo, adquirieron otros diez acres de tierra, donde instaló su propia explotación y, además, continuaba realizando tareas extras (recolección de peras), para poder amortizar la deuda de la compra de su nueva finca. En 1914, su hermano Miguel abandonó España y se sumó a Cayetano en Ojai, (California). Se instaló en su casa y los dos trabajaron juntos durante mucho tiempo en su hacienda y en otros trabajos que demandaban mano de obra; en 1926, los dos hermanos contrajeron la neumonía; mi abuela tenía que cuidar de los dos y le resultaba difícil; además, mi tío Miguel empeoró y la situación se complicaba cada día más; entonces, Filomena (también nacida en Macotera) se ofreció a echarles una mano y se llevó a Miguel a su casa. Miguel falleció en Mountain View, en 1926.

En 1940, Cayetano y Eulalia poseían ya una granja de veinticinco hectáreas, que dedicaron al cultivo de la zanahoria, y donde separaron un trozo de terreno, que dedicaron a huerto. Debido a sus grandes cosechas de zanahorias, se vio obligado a hacerse con una empresa de camiones para distribuir las mercancías por todo el Condado de Santa Clara. Se convirtió en el pionero de Sunnyvale. Se le conocía como el “rey Zanahoria”. Vendió zanahorias al Farmers Market, como pienso para caballos de carreras; pero al famoso Cayetano le gustaba mucho experimentar, e injertaba perales

de distintas variedades para obtener frutos más saludables y gustosos, se le daba bien y, además, le reportó buenos ingresos. Cayetano nos dejó en 1983, a los 91 años.

Eulalia y Cayetano se labraron una vida digna, dedicados, plenamente, a la agricultura; Cayetano era una persona muy conocida y estimada por todo mundo; fue un verdadero pionero en todo lo que iniciaba; eso sí, trabajó duro y supo, con su esfuerzo, sacar a la familia adelante, e introducir sus raíces profundas en su nueva patria”.

En un viaje, que realizamos a los Estados Unidos, dentro del itinerario marcado, teníamos, como prioridad, cursar una vista a la Isla de Ellis. Queríamos emular a nuestro padre, a nuestros paisanos y compatriotas. También quisimos inscribirnos, sentarnos en el mismo banco del comedor, tocar las literas en que durmieron, pasar por la dependencia donde eran examinados, y por la misma ventanilla, donde ellos compraban el billete de tren para desplazarse a su lugar de trabajo. Una exposición de fotografías señala los distintos trabajos, a que se destinaba a esta buena gente procedente de todos los países de la tierra. Además, se dispone de centros de información donde puedes localizar los datos personales de cada uno de los 25 millones de inmigrantes, que arribaron a Estados Unidos en esos años. Sinceramente, respirando el ambiente y contemplando las fotografías masivas, te entra un sarpullido y la emoción se deja sentir.

EMIGRACIÓN MASIVA A EUROPA, 1961

Algunos opinan que la emigración no es beneficiosa, por cuanto supone la cesión de los elementos humanos más jóvenes. Esta aseveración puede ser válida si enfocamos nuestra mirada desde la corta mirilla de un país, pero conviene puntualizar que el hombre nace, por casualidad, en un lugar, pero que el mismo hombre es un sujeto del mundo, y el mundo es redondo y todos los puntos son principio y fin al mismo tiempo. Me pregunto en frío ¿qué hubiese sido de Macotera y de los macoteranos si los conventos y seminarios, Oñate, Francia, Cataluña, California y mil lugares hubiesen cerrado su frontera? Si, en ese lugar en que se nació, “no había pan para todos, buenas son las “tortas” de la emigración”. Sabemos que es duro el desarraigo de la tierra, de la familia lejana, de la añeja moral, de la cultura de siempre, del idioma sempiterno. Cosas digeribles; en cambio, lo que no se sobrelleva bien es el hambre. Y ante el hambre, no hay lindes ni remilgos. Por otra parte, la emigración, además, de darte el “modus vivendi”, que te negaron en tu casa, tiene unas grandes ventajas que tienen que ver con el enriquecimiento de la experiencia, con el conocimiento de un nuevo idioma, con el descubrimiento de un nuevo mundo con otras costumbres, con otra cultura y con otra libertad de pensamiento. No hubiese sabido nunca que la barra del paraguas se llama *tingla*, si las muchachas de mi pueblo no hubiesen marchado a trabajar a la fábrica de paraguas de “Hijos de Juan de Garay” de Oñate. Y es que, en esto

de la emigración, se han salvado muy pocos. Casi todos hemos tenido que salir del pueblo: unos de niño, otros de joven y otros de edad madura.

Además, no debió de ser muy dura la marcha, puesto que *“no faltaban ni la guitarra ni la animación ni el jolgorio en las partidas. Estaban alegres. Quienes se quedaban tristes eran los familiares que acudían a despedir a los hijos”*. Cosas de estas, con sus respectivos pies de foto, se pueden releer en alguna crónica de *El Adelanto* de aquellos años. Y los propios emigrantes hemos descubierto también que Dios está en todas las partes, para tranquilidad de aquel padre que le recomendó a su hijo: *“Tú pórtate bien. No dejes de ir a misa todos los domingos, y verás como el señor te ayuda”*. En Macotera, antes de la primera salida, el cura les despidió con una misa en la ermita y con la distribución de una estampa de la Virgen de la Encina. (Algunos aún la conservan en su cartera).

Y aquellos que venían de vacaciones y se llevaban consigo a algún jovencuelo, le animaban: *“No te preocupes por el habla, muchacho. En Francia, te enseñarán tu trabajo y para trabajar no hace falta hablar. Después, cuando tengas que comer y dormir, te darán la comida y te indicarán la cama. Tú con decir “mersi bocú, mesie”, está todo dicho.”*

DOCUMENTO HISTÓRICO

Me he hecho con la fotografía de los obreros macoteranos que marcharon a los Alpes, y que fueron los pioneros de la emigración en 1961. No están todos, pues los más jóvenes se marcharon de pindongo (sic). Entre ellos, se encontraban Juan “Machaca”, José “el Cabra”, Miguel Barroso, Miguel “Berrendo”, Pedro Hernández, Francisco “Purina” y Antonio “Pondera”. Todos los demás posaron ante la cámara en el jardín de la estación.

(En cuclillas, de izquierda a derecha) José Antonio Guillermo, Manuel Guillermo, Pepines “el Conejo”, Mateo “el Cabra”, Antonio Seisdedos, Francisco “Manolajas”, Andrés “el Cabra”, Jesús “el Garbanzo” y Antonio “Bizcocho”.

(De pie, en primer plano) Benido el Bedija, Melchor “el Roble”, Blas “el Barroso”, Juan José “el Zurdo”, Francisco “Guerrinas”, Juan José “el Galo”, Cristóbal “Saberes”, Octavio “el Dimas”, Francisco “Quilín”, Juan José “Cachucha”, José Antonio Vaquero y Juan “el Piro”.

(En la última fila) Marcelino Guillermo, Jerónimo Lauro, Agustín Tavera y Leonardo “Chan”³.

³ En Macotera la casi totalidad de sus habitantes tiene un apodo, por el que son conocidos, hecho este bien aceptado por la mayoría (N.E.).

ENTREVISTA CON DOS EMIGRANTES

Me resulta difícil tratar con rigor la emigración macoterana al extranjero por su dispersión y porque no se conservan datos de antaño en el Instituto de Emigración de Salamanca. Por ello, he optado por echar mano de la experiencia de José “el Cabra” y de su cuñado Antonio Seisdedos, dos de los integrantes de la primera hornada de macoteranos que, en abril de 1961, partió hacia Francia rumbo a los Alpes. *“El trabajo no era un regalito: la corta de pinos. La operación entrañaba un peligro terrible. Los pinos habían crecido en una ladera empinada y el abismo te esperaba abajo. Para poder serrar un tronco teníamos que agarrarnos a otro, porque, al menor descuido, te precipitabas a tumba abierta”* “Vivíamos en barracones y fuimos engañados”, me cuenta José. No aguantaron más que quince días. *“En un autocar, llegamos a Grenoble y, con tanta curva y vericuetos, el piso del vehículo parecía una piscina”*. Siguieron viaje hasta Lyon, y tres días a pan y agua, les dieron de comer en un restaurante pequeño. *“Entrábamos de siete en siete. Teníamos más hambre que los pollos de Manolo”*. La mayor parte regresó a Macotera sin cumplir el contrato. *“Quedamos unos cuantos: Antonio el Seisdedos, mi hermano Mateo y yo. No recuerdo si permaneció alguno más. Hablamos con un refugiado político español, encargado del Instituto Nacional de Emigración, y él nos buscó un nuevo trabajo”*. *“Teníamos tres opciones: fábrica, construcción y agricultura. Nosotros elegimos agricultura, pues era un trabajo que conocíamos bien del pueblo”*, dice Antonio Seisdedos.

Regresaron en Navidad y, poco después, José marchó a rozar al campo de Salamanca, a la finca Turra, cercana a Vecinos, propiedad de don Alipio Pérez Tabernero. *“Me harté de trabajar con el pico y volví a Francia de turista, con dos c. y un palo”*.

En aquellos años, Francia estaba en guerra por la independencia de Argelia. *“Recuerdo que la señora Anita “la Gala” le dijo a mi madre, Quica “la Bellota”: “¿Cómo dejas ir a tu hijo a Francia si están en guerra?”*.

En este segundo viaje, a José “el Cabra” le fueron mejor las cosas. Entró a trabajar en R.B.A. (Resinas y Barnices Artificiales), una fábrica de productos químicos, desde marzo del 62 hasta junio de 69. De aquí, ingresó en una filial de la Renault hasta que, en el 77, decidió volver a España. *“Nos exprimían lo que podían y, si les daba la ocasión, se quedaban con alguna perra; en cambio, nos dieron un trato correcto. La cosa cambiaba a nuestro favor una vez conseguías la carta de trabajo”*, me comenta Antonio Seisdedos.

Con sus ahorritos, José puso un negocio en Salamanca. No le ha ido mal. Ya se ha jubilado y se entretiene en una parcela de recreo, con jardín, árboles frutales, unas cepas y hortalizas. Añora de Macotera la convivencia, la amistad de la gente y los juegos de infancia. No ha olvidado aún la paliza que le dio su madre por faltar a la escuela por el vicio al juego.

Cada uno tendrá su propia vivencia con sus anécdotas y trapisondas, que nos hubiese gustado conocer. «*Recordamos a los macoteranos que trabajaron en Lyon y en su entorno: Francisco “Purina”; sus hermanos, Mateo, Teresa y Andrés “Cabras”; Juan “el Comenencias” y su hermano Gene; Antonio “Pondera” y su hermano Francisco; Antonio “Placidín”; José “el Belloto”; Marino y Rufo “Esquiliches”, y sus primos, Juan Manuel y Gabriel*».

Se casaron varios de ellos y llevaron a sus mujeres. En el norte de París, había una buena colonia de macoteranos. Me da nombres, pero seguro que no recuerda la mitad de ellos: los Rubios, los Hernández, Jerónimo Punzón, Tacones, Alejandro “Pilili”. En Estrasburgo, otro grupo de macoteranos trabajaron en la metalurgia: Jerónimo Sánchez, su hermano Serafín, Antonio “el Sacristán”, Fernando “Ronquillo”, Juan “Machaca”, Laureano “Guiña” y su hermano Antonio, Gabriel “Sandín”, Rogelio “Gallinero” y Miguel “Gallique”.

LAS CHICAS DE OÑATE

La emigración a Oñate se inicia en 1960 con la llegada a la ciudad guipuzcoana de la familia de Francisco “Jeromillo”: sus padres, Diego y Teresa, y cuatro hermanos, Juan, Gabriel, Ana María y María Teresa, y les acompaña una cuñada de Francisco, Fidela “la Esparramá”. En 1962, la familia de Francisco decide trasladarse a Basauri, excepto, Gabriel que permanece en Oñate.

Francisco vio un cartel en el escaparate de la empresa “Juan de Garay S.A.”, en el que se leía: “Se necesitan chicas para trabajar”. Francisco, como buen macoterano y guiado por la solidaridad de pueblo, vino a Macotera. Habló con unas y otras. Corrió la voz y, de momento, se apuntaron ocho muchachas. “¡Qué prueben otras y veremos cómo les va!”. Las noticias, que llegaban de Oñate, fueron muy favorables y, pronto, marcharon otras pocas, y otras y otras, hasta 32 mozas. La empresa era de paraguas; actualmente, se fabrican en ella tubos de acero calibrados y barras y perfiles de latón para cerraduras y puertas blindadas. De las 32 chicas de Oñate, que entraron a trabajar en Juan de Garay S.A. en 1962, únicamente continúan tres: Ana Izquierdo “Porreta”, Antonia Martín, hija de Micaela, y Gertrudis Nieto, “Punzona”.

Al principio, convivieron con la familia de compañeros y, después, la propia empresa decidió instalarlas en pisos. Comían en el comedor de la fábrica, y el desayuno y cena los hacían de su cuenta. El primer sueldo que cobró Luisa Chico, fue de 2.400 pesetas. Su trabajo era montar el esqueleto del paraguas.

Cincuenta y siete en total. De esta relación no todos permanecen aún en Oñate. Transcurridos unos años, algunos determinaron marchar a otras poblaciones. Eutimio Zaballos cambió su domicilio a Lasarte; María Luisa Chico emigró a Alemania con su marido Manolo, y actualmente reside en

Salamanca; M^a Mercedes Bueno en 1971 marchó a Mondragón; Ángela Cosmes a Vitoria en 1973; Santiago Horcajo e Isabel Zaballos a Anzuola en 1966; y M^a Esperanza Valverde a Urretxu, en 1974.

ENCINA DE ORO A LA EMIGRACIÓN

Ya es hora de que se reconozca la trascendencia de la emigración en el desarrollo económico del pueblo y en la posibilidad que ha supuesto para tantas familias macoteranas, que, en Macotera, no tuvieron su oportunidad, su porvenir. Es, para nosotros, tan importante este fenómeno social que le dedicamos casi tres páginas para informar sobre su evolución histórica y su influencia en la vida del pueblo. Según la estadística, el 72,12% de los nacidos en Macotera, residimos fuera.

Gracias a la emigración, nuestras viviendas, nuestro bienestar, nuestra vida, en general, cogió el tren del progreso; muchos han podido desarrollarse tanto profesional como personalmente, debido a la coyuntura que le facilitó salir del pueblo y encontrar un trabajo. Aquí no teníamos nada que hacer, aunque nos dolió mucho dejar familia, amigos, costumbres y rincones de convivencia; y esta añoranza se palpa en cada san Roque, referencia de nuevo encuentro macoterano.

En varias ocasiones se pidió que se concediese esta distinción a la emigración, pero quienes tuvieron que decidir la consideraron como la causa de los grandes males de nuestro pueblo: la despoblación y el envejecimiento. Sin comentarios.

La encina de oro de la emigración⁴ la va a lucir la Virgen de la Encina, patrona del pueblo, la que vela y ampara a nuestras gentes, las que residen en el pueblo y a aquellas que tenemos los hogares en otros destinos; amparo que le pidió la primera expedición, que salió a trabajar en los Alpes suizos.

⁴ El autor alude a la máxima distinción que otorga el Ayuntamiento de Macotera, la “encina de oro”, que el 7 de septiembre de 2011 se concedió a los emigrantes macoteranos. El acta del acuerdo municipal lo expresó en estos términos: “*El Ayuntamiento de la Villa de Macotera acordó otorgar, a los hombres y mujeres de esta Villa, que dejando sus raíces, nunca olvidaron en sus diferentes destinos el amor a su tierra, siendo los mejores embajadores y pregoneros de nuestra cultura e historia común. Entrega la Encina de Oro 2011 a la Emigración Macoterana*”. N.E.